

AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIO
DE
SANS-SOUCI



Durante la Segunda Guerra Mundial, y mientras la R. A. F. lucha por mantener a la Luftwaffe lejos de sus costas, Gran Bretaña afronta una amenaza aún más siniestra del «enemigo interior»: espías nazis haciéndose pasar por ciudadanos corrientes. Con la presión en aumento, el servicio secreto decide contratar a dos espías muy particulares: Tommy y Tuppence Beresford. Su misión: buscar a dos traidores pertenecientes a las altas esferas, un hombre y una mujer, entre los variopintos huéspedes del hotel Sans Souci, en la costa inglesa. Pero esta misión no es precisamente un paseo, sobre todo teniendo en cuenta que los espías que buscan ya han matado al mejor agente británico.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

APPLEDORE: Criado del teniente Haydock.

BATT (Albert): Criado fiel que fue del matrimonio Beresford, en los principios de su vida matrimonial.

BERESFORD (Tommy): Del Servicio Secreto, protagonista, con su esposa, de esta novela.

BERESFORD (Tuppence): Valerosa y excelente mujer, que fue enfermera cuando la Primera Guerra Mundial.

BLENKENSOP: Es la señora Beresford que toma ese nombre para ciertas gestiones.

BLETCHLEY: Mayor del ejército.

CAYLEY (Alfred): Un enfermo crónico.

CAYLEY (Elizabeth): Esposa del anterior.

DEBORAH: Avispada y bella hija de los Beresford.

DEINIM (Carl von): Refugiado alemán, excelente químico.

DEREK: Hermano mellizo de Deborah Beresford.

EASTHAMPTON (Lord): Jefe importante del Servicio Secreto.

GRANT: Oficial por cuenta del anterior.

HAYDOCK: Teniente de navío, retirado de la Marina.

MARDSON (Tony): Un amigo de Deborah.

MEADOWES: Seudónimo utilizado por Beresford.

MINTON (Sophia): Una anciana hospedada en «Sans Souci» huyendo de la guerra.

O'ROURKE: Una obesa señora, traficante de antigüedades.

PERENNA: Enigmática dueña de la pensión llamada «Sans Souci» del pueblo de Leahampton.

POLONSKA (Vanda): Refugiada polaca.

SHEILA: Hermosa hija de la señora Perenna, enamorada del refugiado alemán.

SPROT (Millicent): Joven señora hospedada en «Sans Souci» con su pequeña hija Betty y casada con un agente de seguros, ausente por la guerra.

Capítulo I

1

Tommy Beresford se quitó el abrigo en el vestíbulo de su piso. Colgó la prenda cuidadosamente, empleando en ello más tiempo del necesario y después, con gran esmero, colocó el sombrero en la siguiente percha.

Irguió los hombros, trató de fijar en su rostro una sonrisa y entró en la salita de estar donde su mujer hacía calceta en aquel momento; un pasamontañas de lana color caqui.

Era la primavera del año 1940.

La señora Beresford lanzó una rápida mirada a su marido y luego volvió a mover las agujas a un ritmo furioso.

Al cabo de unos momentos preguntó:

—¿Traen alguna noticia los periódicos de la noche?

—Parece que ahora va en serio eso de la «*blitzkrieg*», o guerra relámpago —replicó Tommy—. Las cosas no marchan bien en Francia.

—El mundo está hecho un asco —comentó Tuppence^[1].

Hubo una pausa y al final Tommy dijo:

—Bueno, ¿por qué no lo preguntas ya de una vez? No es menester que emplees tanto tacto.

—Ya lo sé —admitió Tuppence—. Los rodeos irritan siempre. Pero tú te enfadas si voy directamente al grano. Aunque de todas formas no es preciso que te pregunte nada. Lo llevas escrito en la cara.

—No sabía que tuviera un aspecto tan triste.

—No, querido —dijo Tuppence—. Pero esa sonrisita que me estás dirigiendo desde que has entrado es de lo más falso que jamás vi.

Tommy hizo una ligera mueca y replicó:

—¿De veras? ¿Tan mal lo hago?

—¡Pésimamente! Está bien; dilo ya de una vez. ¿No hay ninguna esperanza?

—Ninguna. No me necesitan para nada. Te aseguro, Tuppence, que para un hombre de cuarenta y seis años resulta fastidioso el que lo consideren como un viejo lleno de achaques. En el Ejército, en la Marina, en las Fuerzas Aéreas y en el Ministerio de Asuntos Exteriores, me han dicho lo mismo. Soy demasiado viejo. Tal vez me llamen más tarde.

—Pues lo mismo me pasa a mí —observó Tuppence—. No quieren gente de mi edad para enfermeras. No hay manera de convencerles. Cualquier mocosa que en su vida ha visto una herida y no sabe esterilizar unas vendas tiene preferencia sobre mí, que trabajé durante tres años, desde 1915 a 1918, en varias ocupaciones, tanto de enfermera en los hospitales de sangre, como de conductora de un camión y más tarde del coche de un general. Y puedo asegurar con orgullo, que todo ello lo llevé a cabo con gran éxito. Pero ahora soy una pobre mujer de edad madura, entrometida y fastidiosa, que no quiere quedarse tranquilamente en casa, haciendo calceta como es su obligación.

Tommy comentó lúgubrementemente:

—¡Esta condenada guerra...!

—Ya es bastante malo el estar en guerra —siguió Tuppence—, pero que no le dejen a una hacer algo para ayudar, es el colmo.

—Bueno —dijo su marido, a modo de consuelo—. Al fin y al cabo, Deborah ha conseguido un empleo.

—Lo cual me parece muy bien —contestó la madre de Deborah—. Y espero que sabrá desempeñar su cometido.

Pero sigo creyendo, Tommy, que yo puedo hacer lo mismo que haga ella.

Tommy hizo un gesto.

—No creo que Deborah piense lo mismo.

—Las hijas llegan a ponerse pesadas. Especialmente cuando quieren parecer tan amables con sus madres como la nuestra.

Tommy murmuró:

—Hay ocasiones en que no es fácil soportar las miradas de indulgencia que me dirige Derek, como si dijera: «Pobre papáito».

—En resumen —terminó Tuppence—, que aunque nuestros hijos son adorables, resultan también completamente insoportables.

Pero al mencionar a los dos mellizos, Derek y Deborah, los ojos de su madre tenían una expresión de profunda ternura.

—Estoy seguro —continuó Tommy pensativamente— de que para mucha gente tiene que ser amargo el darse cuenta de que se están haciendo viejos y pertenecen al pasado.

Tuppence dio un resoplido de cólera y sacudió su negra y brillante cabellera, al mismo tiempo que lanzaba al suelo, dando vueltas, el ovillo de lana que tenía en el regazo.

—Pero ¿es que nosotros somos de esos? Dime, ¿lo somos? ¿O acaso será que todos se empeñan en insinuarlo? Algunas veces llego a creer que nunca hicimos nada de provecho.

—Eso creo yo también.

—Tal vez sea así. Pero, de todas formas, hubo un tiempo en que se nos daba importancia, aunque ahora empiezo a figurarme que aquello no ocurrió nunca en realidad. ¿Es posible que pasaran todas aquellas cosas, Tommy? ¿Es cierto que una vez casi te abrieron la cabeza y luego te raptaron unos espías alemanes? ¿Es cierto que en una ocasión perseguimos a un peligroso criminal... y lo cogimos? ¿Es

cierto que rescatamos a una muchacha y nos apoderamos de unos documentos secretos muy importantes, por lo cual, prácticamente, nos dio las gracias toda una nación? ¡Y fuimos nosotros! ¡Tú y yo! Los despreciados e innecesarios señores Beresford.

—Cálmate, querida. Todo eso no conduce a nada.

—Sea como fuere —replicó Tuppence, reprimiendo una lágrima—, el señor Carter nos ha defraudado.

—Nos ha escrito una carta muy amable.

—Pero no ha hecho nada por nosotros. Ni siquiera nos ha dado esperanzas.

—Ya sabes que actualmente ya no se ocupa de estas cosas. Le pasa lo mismo que a nosotros. Es demasiado viejo. Vive en Escocia y se dedica a la pesca.

Tuppence observó con acento nostálgico:

—Si nos hubieran dado alguna ocupación en el Servicio Secreto.

—Tal vez no hubiéramos podido cumplir eficientemente —dijo Tommy—. Posiblemente, no tengamos ya el suficiente nervio para ello.

—No lo creo —se obstinó Tuppence—. Yo me siento igual que entonces. Pero, como has dicho, quizá cuando llegara el momento...

Dio un suspiro y continuó:

—Desearía poder encontrar una ocupación de cualquier clase. No es conveniente disponer de mucho tiempo para pensar.

Sus ojos se detuvieron por un instante sobre las fotografías de un joven vestido con el uniforme de las Fuerzas Aéreas, cuya ancha sonrisa tenía un parecido extraordinario a la de Tommy.

—Para un hombre resulta peor —observó este último—. Las mujeres, al fin y al cabo, pueden hacer calceta, preparar paquetes y ayudar en las cantinas.

—Eso podría hacerlo yo aunque tuviera veinte años más —dijo Tuppence—. No soy tan vieja como para contentar-

me con ello. Lo malo es que, por lo visto, no aprovecho ni para una cosa ni para otra.

Sonó el timbre de la puerta y Tuppence se levantó. Las dimensiones del piso no permitían tener criada.

Al abrir se encontró con un caballero de amplios hombros y cara afable sobre la que destacaba un gran bigote rubio.

El recién llegado pareció juzgar con una rápida mirada a la mujer y preguntó con voz agradable:

—¿Es usted la señora Beresford?

—Sí.

—Me llamo Grant. Soy amigo de *lord* Easthampton, quien me sugirió que viniera a hablar con usted y con su marido.

—¡Oh, qué atento! Pase, por favor.

Le precedió hasta la salita de estar.

—Mi marido. El... ejem... capitán...

—Señor... —rectificó el otro.

—El señor Grant. Es amigo del señor Car... de *lord* Easthampton.

Le acudía siempre más fácilmente a los labios el viejo *nom de guerre* del ex jefe del Servicio Secreto, que el título nobiliario que este ostentaba.

Durante unos cuantos minutos charlaron animadamente. Grant tenía una personalidad atractiva y unas maneras muy agradables.

Tuppence salió al cabo de un rato de la habitación y volvió poco después con una botella de jerez y unos vasos.

Al cabo de unos instantes, al producirse una pausa en la conversación, el señor Grant se dirigió a Tommy.

—He oído decir que anda usted buscando un empleo, Beresford.

Una lucecita se encendió en los ojos de Tommy.

—Sí, eso es. No querrá usted decir...

Grant se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Nada de eso, no. Me temo que tales cosas tendremos que dejarlas para la gente joven y activa... o para los que están con ello desde hace varios años. Lo único que puedo sugerirle es algo más prosaico. Trabajo en oficinas. Rellenar formularios, archivarlos y clasificarlos. Una cosa así...

La cara de Tommy se ensombreció.

—¡Ah! Ya me doy cuenta.

Grant prosiguió, como animándole:

—Bueno; eso es mejor que nada. De todas formas, venga a verme cualquier día a mi oficina. En el Ministerio de Aprovisionamiento. Despacho número 22. Le arreglaremos algo para usted.

Sonó el teléfono y Tuppence lo descolgó.

—¡Hola..., sí! ¿Qué? —se oyó hablar a una voz chillona al otro extremo del hilo.

La cara de Tuppence cambió de expresión.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¡Oh, Dios mío...! Desde luego... voy en seguida...

Colgó el aparato.

—Era Maureen —dijo, dirigiéndose a Tommy.

—Ya lo he oído... reconocí su voz desde aquí.

Tuppence explicó agitadamente:

—No sabe cuánto lo siento, señor Grant. Debo ir inmediatamente a ver a una amiga mía. Ha sufrido una caída y se ha lastimado el tobillo. Como no tiene a nadie con ella, más que su pequeña, tengo que ir para arreglar las cosas y buscar a alguien que la cuide. Le ruego que me perdone.

—Desde luego, señora Beresford. Ya me hago cargo.

Tuppence le dirigió una sonrisa, cogió un abrigo que había sobre el sofá y después de ponérselo salió apresuradamente de la habitación. Se oyó el ruido que produjo la puerta del piso al cerrarse de golpe.

Tommy escanció un nuevo vaso de jerez para su invitado.

—No se vaya todavía —dijo.

—Muchas gracias —el otro aceptó el vaso.

Sorbió el vino unos instantes, en silencio, y luego dijo:

—Al fin y al cabo, la marcha de su esposa nos ha venido bien. Nos ahorrará tiempo.

Tommy lo miró estupefacto.

—No lo entiendo —dijo.

Grant habló marcando las palabras.

—Sepa usted, Beresford, que me han dado instrucciones para hacerle una proposición en el caso de que viniera usted a verme al Ministerio.

El color volvió lentamente a la pecosa cara de Tommy:

—¿Quiere usted decir que...? —empezó.

Grant asintió con la cabeza.

—Easthampton nos sugirió que lo empleáramos a usted —dijo—. Nos aseguró que era usted el hombre indicado para llevar a cabo el trabajo.

Tommy dio un profundo suspiro.

—Cuénteme —invitó.

—Esto, desde luego, es estrictamente oficial.

Tommy asintió.

—Ni su esposa debe saberlo, ¿me entiende?

—Muy bien... si usted lo quiere así..., pero en otros tiempos trabajamos siempre juntos.

—Sí; ya lo sé. Pero esta proposición le incumbe solamente a usted.

—Comprendo. Muy bien.

—Ostensiblemente se le ofrecerá un destino, tal como le dije antes. Trabajo de oficina en un departamento del Ministerio que funciona en Escocia, dentro de un área prohibida a la cual no puede acompañarle su esposa. Pero, en realidad, irá usted a otro lugar diferente por completo.

Tommy se limitó a escuchar.

Grant continuó:

—¿Ha leído usted algo en los periódicos acerca de la Quinta Columna? ¿Sabe usted, a grandes rasgos, qué es lo que significa ese término?

Tommy murmuró:

—El enemigo dentro de casa.

—Exactamente. Esta guerra, Beresford, empezó con un espíritu muy optimista. No me refiero con ello a la gente que en realidad está enterada de lo que pasa. Nosotros sabemos exactamente con qué nos enfrentamos; la eficiencia del enemigo, su potencial aéreo, su determinación y la coordinación de su bien organizada guerra. Me quiero referir al pueblo en general. Al hombre de la calle, de buen corazón e ideas cortas, que cree solamente lo que quiere creer; que Alemania fracasará, que está al borde de la revolución, que sus armas están construidas con latas y que sus soldados están mal alimentados, que se caerán si tratan de avanzar. Toda esta clase de tonterías. Castillos en el aire, como vulgarmente se dice.

«Pues bien: la guerra no se desarrolla así. Empezó mal y ahora va peor. Los hombres que luchan nada tienen que ver con ello; tanto los que van embarcados, como los que tripulan un avión o se defienden en una trinchera. Pero existe falta de dirección y de preparación; defectos, quizá, de nuestras cualidades. No queríamos la guerra. No la considerábamos en serio y, por lo tanto, no nos preparamos para ella.

»Lo peor de todo esto ya ha pasado. Hemos corregido nuestras equivocaciones y lentamente vamos colocando en los sitios necesarios los hombres adecuados. Estamos empezando a hacer la guerra tal como debe hacerse. Podemos ganarla, y no se llame a engaño respecto a ello; pero a condición de que no la perdamos antes. Y el peligro de perderla no proviene de fuera, sino de dentro; no del poder de los bombarderos alemanes, ni del hecho de que se apoderen de países neutrales y consigan nuevos y ventajosos puntos desde donde atacarnos, sino de la traición interna. Nuestro peligro es el peligro de Troya. El caballo de madera dentro de nuestras murallas. Llámese Quinta Columna, o lo que quiera. Está aquí, entre nosotros. Hombres y mujeres, algunos de los cuales desempeñan altos cargos

mientras que otros están situados en puestos más oscuros; pero todos creen genuinamente en los designios nazis y en su doctrina y desean sustituir con ella la embotada y facilona libertad de nuestras democráticas instituciones.

Grant se inclinó hacia delante y con la misma voz agradable y llana, añadió:

—Y no sabemos quiénes son...

—Pero, seguramente... —aventuró Tommy.

El otro replicó con un ligero acento de impaciencia:

—Podemos hacer caer en nuestras redes a la morralla. Eso es fácil. Pero se trata de los otros. Sabemos todo lo que se refiere a ellos. Sabemos que, por lo menos, dos ocupan altos cargos del Almirantazgo; que uno debe pertenecer al Estado Mayor del General G...; que tres, o más, están en las Fuerzas Aéreas y que otros dos pertenecen al Servicio Secreto y tienen acceso a la información reservada del Gobierno. Sabemos todo esto porque debe ser así, dada la forma en que han ocurrido las cosas. Y ello nos lo demuestra la filtración de informes que, desde arriba, se han facilitado al enemigo.

Con tono desalentado y reflejando en su cara la perplejidad que sentía, Tommy preguntó:

—¿Y de qué provecho puedo yo servirle? No conozco a nadie de los que ha nombrado.

Grant asintió.

—Exactamente. No los conoce usted... y ellos a usted tampoco.

Hizo una pausa para que esta observación profundizara en la mente de su interlocutor, y luego en el mismo tono prosiguió:

—Esa gente de tan alta posición conoce a la mayoría de nosotros. No podemos, en realidad, negarles información. Y como a causa de ello, estaba yo a punto de estallar, fui a ver a Easthampton. Ya no se ocupa de estas cosas y se encuentra enfermo; pero es uno de los hombres más inteligentes que he conocido. Pensó en usted. Hace más de

veinte años trabajó usted para el Departamento y su nombre, ahora, no está relacionado con él. Su cara no es conocida. ¿Qué me dice? ¿Se ocupará de ello?

La cara de Tommy pareció a punto de partirse en dos por efecto de su extática sonrisa.

—¿Que si quiero? Apuesto lo que quiera a que sí. Aunque no llego a comprender en qué podré ser útil. No soy más que un aficionado.

—Mi querido Beresford, lo que necesitamos es precisamente un aficionado. Los profesionales sólo encontrarían dificultades en este caso. Ocupará el puesto de uno de los mejores hombres que hemos tenido y que, posiblemente, jamás tendremos.

Tommy pareció formular una pregunta con la mirada. Grant asintió.

—Sí. Murió el martes pasado en el hospital de Santa Brígida. Lo atropello un camión y sólo vivió unas horas. Pareció un accidente..., pero no lo fue.

—Ya comprendo —dijo Tommy.

Grant siguió hablando con voz reposada.

—Y esta es la razón por la que creemos que Farquhar estaba sobre la buena pista y que, por fin, íbamos a saber algo. Su muerte, que no fue a resultas de un accidente, nos daba la seguridad de ello.

Los ojos de Tommy parecieron formular una nueva pregunta.

—Desgraciadamente —siguió el otro—, sabemos poco menos que nada de lo que llegó a descubrir. Farquhar había estado siguiendo metódicamente una pista tras otra y muchas de ellas no conducían a ningún lado.

Después de una pausa, Grant prosiguió:

—Farquhar estuvo inconsciente hasta unos pocos momentos antes de morir. Entonces trató de decirnos algo. Sólo estas palabras: «N» o «M». Song Susie.

—No parece que sirvan para aclarar mucho las cosas —comentó Tommy.

Grant sonrió.

—Un poco más de lo que usted cree. Ya habíamos oído hablar antes de «N» o «M». Se trata de las letras clave con que se designa a dos de los más importantes y fieles agentes secretos alemanes. Hemos tenido ocasión de conocer sus actividades en otros países y sabemos algo sobre ambos. Su misión consiste en organizar la Quinta Columna en países extranjeros y actuar como agentes de enlace entre la nación de que se trate y Alemania. Nos hemos enterado, además, de que «N» es un hombre y que «M» es una mujer. Por lo demás, sólo podemos asegurar que ambos son los dos agentes en que más confianza tiene Hitler; y que en un mensaje cifrado que captamos a principios de la guerra, se incluía esta frase: «Proponemos a "N" o "M" para Inglaterra. Plenos poderes».

—Entendido. ¿Y Farquhar?

—Por lo que deduzco, Farquhar estaba sobre la pista de uno de los dos, pero por desgracia, no sabemos de cuál. «Song Susie» parece algo cabalístico, mas hemos de tener en cuenta que Farquhar no tenía un acento francés muy puro. En uno de sus bolsillos encontramos un billete de ferrocarril expedido en Leahampton, lo cual parece que arroja algo de luz sobre el asunto. Leahampton está situado en la costa sur y es algo así como un lugar de reposo, como Bournemouth o Torquay. Hay en él gran cantidad de pensiones y casas de huéspedes y, entre ellas, una que se llama «Sans Souci»...

Tommy murmuró:

—«Song Susie»... «Sans Souci»... ya entiendo...

—¿De veras? —observó el otro.

—Entonces —siguió Tommy— se trata de que vaya yo allí y... averigüe lo que hay.

—Esa es precisamente la idea.

La sonrisa de Tommy volvió a resplandecer en su cara.

—Resulta un poco aleatorio, ¿no le parece? —dijo—. Ni siquiera sé qué es lo que debo buscar.